

se han calculado, teóricamente (interpolación y extrapolación) valores climáticos de 317 localidades. La multiplicación de cifras ha dado lugar a la multiplicación de distritos agroclimáticos cuyo número convendría disminuir en beneficio de una mayor seguridad.

Los valores medios no son suficientes para caracterizar climas; es necesario conocer los valores extremos registrables y, de ser posible, los estados durables del tiempo, duración, sucesión, frecuencia, intensidad, etcétera, ya que un vegetal puede soportar n días con x temperaturas bajo cero o sin agua, pero no $N + 1$.

Por otra parte, la climatología, sobre todo si ha de ser aplicada, no puede ser puramente física. La vegetación, especialmente la natural, es el mejor integrador de los caracteres de un clima, de un clima local o microclima. De aquí la necesidad de vincular más estrechamente los mapas relativos a la difusión de los cultivos con los distritos agroclimáticos determinados con los datos climáticos a través de una carta en la cual se incorporen no sólo la distribución de un determinado cultivo, sino también los distritos agroclimáticos.

Si el estudio de la difusión de los cultivos ha de tener carácter geográfico, no puede despreciarse el análisis de factores tales como los culturales, estructura agraria, etc.

Finalmente, convendría precisar algunos conceptos tales como clima, clima local y microclima pues en Mendoza no existen, como se afirma en el trabajo, "gran variedad de climas".

Si en vez de realizar el estudio agroecológico tomando como unidad las provincias argentinas se hubiera realizado con criterio regional, se hubiera abreviado la tarea, la repetición de distritos y el trabajo tendría mayor carácter geográfico.

De modo general, como primera aproximación, los resultados logrados son alentadores y muchos de los inconvenientes apuntados escapan a la responsabilidad de los autores (falta de registros climáticos, cartas de suelos, estudios sociales, etc.) y otros pasibles de corrección.

En suma, una labor perfectible, pero meritoria.

R. G. C.

PIERRE GEORGE, *Précis de géographie rurale*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963, 354 pp.

Según un plan con un desarrollo bien sistematizado nos presenta Pierre George las cuestiones fundamentales de la vida rural, su organización y sus problemas.

La primera parte atiende a la indudable vigencia de las condiciones naturales, teniendo presente que los ciclos climáticos y los demás elementos ambientales imponen límites y ritmos de trabajo a la actividad agrícola. No hay duda de que una premisa ineludible de esta labor

y una diferencia sustancial con respecto a la industria, es —como lo dice el autor— que aquí rige el tiempo biológico en lugar del tiempo operacional completo de que dispone la economía industrial.

El rigor de las condiciones naturales se manifiesta en la ocupación agrícola, ceñida a un espacio conquistado de diversas maneras por los grupos humanos. Dentro de él, la lucha debe regirse por el estudio del comportamiento de las plantas frente al calor y la humedad, por una atenta vigilancia en la formación y evolución de los suelos y, en fin, por un conocimiento de los peligros emanados de la competencia de otros vegetales y animales, de los parasitismos y de las enfermedades. Este rigor va teñido de relatividad en un doble sentido. Por un lado, engendra incertidumbre; por el otro, se ha logrado a su respecto una desigual liberación. Es decir, la acción de la técnica en la transformación del medio natural, para fines agrarios, es importante si se quiere apreciar la intromisión del hombre. Su efecto es débil en los países subdesarrollados, pero asume formas superiores en las naciones más adelantadas, cuya impronta positiva llega a la modificación de suelos o a las transformaciones del mismo vegetal o animal a fin de hacerlo más resistente.

Como conclusión, en su especificidad, la vida rural aún hoy está muy sometida a las coyunturas naturales. Está sujeta, por ejemplo, a las variaciones del tiempo, a veces incluso porque se rompe un equilibrio y se sufre las consecuencias de ello. Otra característica, derivada en parte de igual causa, es que la actividad agrícola sigue obediente a ritmos estacionales de trabajo (estación muerta, refuerzos temporarios), lo cual la coloca en inferioridad frente a lo industrial. Esta situación da su contexto social y particular a la agricultura.

La presencia del hombre abre otras perspectivas de penetración en el complejo campesino. Las sociedades se integran en él, creando ordenamientos especiales y utilizando modalidades variadas de apropiación y explotación del suelo. Temas todos de índole esencialmente geográfica, en cuanto significan cuestiones suscitadas en función de la tierra, que implican un apoderamiento del espacio. Para ello, las sociedades emplean técnicas diversas, de explotación, de conservación y de transformación. Su instalación asume formas variadas de agrupamiento o de dispersión, modos de poblamiento cuya marca concreta son las casas y que no pueden ser desgajados de las otras circunstancias de la combinación rural. Por eso, tiene relevancia geográfica la explicación del habitat rural, no de un modo meramente descriptivo sino estableciendo las interrelaciones del caso.

La tercera parte del libro de George representa la recomposición y culminación de todo lo anterior. Se integran ahora, en el cuadro regional, la acción de las condiciones naturales, y todo el manejo realizado por las sociedades con sus técnicas. Porque, como se dice al comienzo de este tercer apartado: "El trabajo de la tierra es inseparable de todo el contexto geográfico regional. O bien la agricultura y la vida rural son exclusivas, soportan toda la sociedad, en cuyo caso todos los aspectos regionales se relacionan con su sustrato agrícola y rural,

y se explican por él; o bien la agricultura y la vida rural están subordinadas integralmente a los imperativos de una economía y de una sociedad industrial polarizadas en las ciudades: sus formas, sus problemas se explicarán en función de las exigencias de la vida industrial y urbana... Pero siempre, el campo en el sentido global del término, es un todo que reúne las condiciones y las modalidades de la producción agrícola y el conjunto de los procesos de relación que se injertan sobre ella y la unen a otras formas de economía y de agrupamiento”.

En consonancia con esa visión integral, el autor distingue tres tipos de conjuntos agrícolas, “concebidos como porciones del espacio con todos sus caracteres específicos”. En primer lugar, aquellos que tienen, al menos en sus dos terceras partes, a producción de autoconsumo y no suponen, en esencia, intercambio: la agricultura de subsistencia. En segundo término, la agricultura de mercado, en la cual el campesino depende de éste como vendedor y también como consumidor. Este tipo implica la separación, la ruptura del ciclo de autoconsumo y su finalidad principal es responder a la demanda de los consumidores. Cuando esta forma adquiere un desarrollo extremo, pasamos a la agricultura de especulación, centrada en una producción comercializada, que busca producir al precio más bajo y atiende fundamentalmente al mercado internacional. De las dos últimas agriculturas, la de mercado y la de economía especulativa capitalista, puede separarse la de los países socialistas, por su mercado planificado y porque la producción es obra del trabajo colectivo en una proporción más o menos grande.

De cada uno de los cuatro tipos mencionados anteriormente, se abordan sus características internas, sus paisajes, su estructura económica y su organización en escala regional.

La última sección del volumen enfrenta al lector con los problemas más delicados de este complicado siglo veinte, cuyo progreso técnico no lo ha liberado de agudizaciones en viejas lacras de la humanidad, a la vez que de engendrar por inercia, sutiles y serios conflictos en el mismo terreno de su tecnicismo. Los tres capítulos finales, consideran, pues, los problemas del hambre y de la alimentación, los suscitados por la adaptación de la explotación a las técnicas, y los intrincados de la comercialización y de los precios.

Una obra plena de sugerencias y densa de contenido. Su lectura será beneficiosa para todo el que se interese por las ciencias sociales. La inteligente gradación de sus temas conduce al planteamiento de la difícil sincronización del crecimiento de la producción alimentaria y del aumento demográfico, al de la elaboración de nuevos mecanismos de transferencias internacionales de medios de existencia. En suma, hay que elevarse a la noción de humanidad. Por eso, P. George se pregunta en la línea final de su compendio: ¿Tema de guerra fría o de coexistenci